

# LA ICONOGRAFÍA DE LA CRUCIFIXIÓN EN UN TRATADO ESCRITO EN LATÍN EN EL S. XIII POR LUCAS DE TUY

## THE ICONOGRAPHY OF THE CRUCIFIXION IN A WORK WRITTEN IN LATIN BY LUCAS OF TUY (S. XIII)

POR EMMA FALQUE  
Universidad de Sevilla, España

Este artículo se ocupa de la iconografía de la crucifixión sobre la que trata una obra escrita en latín por Lucas de Tuy (s. XIII). La autora ofrece la primera traducción del capítulo de dicha obra (*De altera uita*).

**Palabras clave:** Latín Medieval: Lucas de Tuy. Arte Medieval: iconografía de la crucifixión.

This article is concerned with the iconography of the crucifixion in a work written in Latin by Lucas of Tuy (s. XIII). The author presents the first translation of the chapter of this work related to this subject.

**Keywords:** Medieval Latin: Lucas of Tuy. Medieval Art: Iconography of the crucifixion.

Recientemente he publicado la edición de una de las obras de Lucas de Tuy<sup>1</sup>, obispo de esta sede (1239-1249), más conocido quizás por su faceta historiográfica pues fue el autor de una de las crónicas hispanolatinas de mayor difusión: el *Chronicon mundi*. Pero Don Lucas además de esta crónica escribió, al menos, dos obras más, una de corte hagiográfico, *De miraculis sancti Isidori*, y la otra, a la que vamos a referirnos en este trabajo, un tratado teológico, que lleva en los manuscritos que nos la han transmitido, el título de *De altera uita*, y fue publicada por su primer editor, Juan de Mariana, con el de *De altera uita fideique controuersiis aduersus Albigensium errores libri IIP*, por lo que también es conocida como *Contra Albigenses*. Nos encontramos, pues, ante otro Lucas de Tuy, no ya el cronista autor de una de las obras que más influyeron en la

---

1 Lucas Tudensis, *De altera uita*, cura et studio E. FALQUE REY (CCCM 74A), Turnhout, 2009.

2 La editio princeps es la de Mariana: *De altera uita fideique controuersiis aduersus Albigensium errores libri III*, Ingolstadt, 1612, y fue reeditada en el mismo siglo en dos ocasiones: *Magna bibliotheca veterum patrum et antiquorum scriptorum ecclesiasticorum*, ed. M. LA BIGNE, XIII, Colonia, 1618, pp. 234-87 y *Maxima bibliotheca veterum patrum*, ed. A. GALLAND, XXV, Lyon, 1677, pp. 194-251.

historiografía castellana posterior, ni el hagiógrafo que nos transmite los milagros de San Isidoro, sino el teólogo, cuya preocupación por la herejía queda reflejada en este tratado, que tiene la condición nada desdeñable de ser el primer tratado antiherético de la España medieval<sup>3</sup>.

Este tratado doctrinal, cuenta entre otras cosas un caso de herejía sucedido en León en los años 1232-1234, en el que parece que intervino Lucas personalmente, aunque nunca se nombra de manera expresa, sino que se refiere a *quidam diaconus*. La mayoría de los autores que se han acercado a la obra, desde el Padre Flórez<sup>4</sup>, pasando por Menéndez Pelayo<sup>5</sup>, hasta los últimos, Fernández Conde<sup>6</sup> y Martínez Casado<sup>7</sup>, consideran que el diácono perseguidor que actúa contra los herejes es el propio don Lucas, quien escribiría *De altera uita* antes de ser nombrado obispo de la diócesis de Tuy<sup>8</sup>. La obra puede fecharse entre 1235 y 1237, estrechando un poco el margen más amplio de “entre 1230 y 1240” propuesto por F. J. Fernández Conde<sup>9</sup> y retrasando un poco las fechas que defiende Enrique Flórez<sup>10</sup>. Ambos límites cronológicos vienen dados por la mención de don Arnaldo como obispo de León y por una precisión que se hace en el propio texto sobre la actuación de los herejes. Probablemente Lucas de Tuy la escribiría –o terminaría– después de agosto de 1235<sup>11</sup>, quizás poco después, en 1236<sup>12</sup>.

El tratado está dividido en tres libros, tanto en la *editio princeps* (Ingolstadt, 1612) y sus reediciones, publicadas en Colonia (1618) y Lyon (1677), como en la que he publicado recientemente en el *Corpus Christianorum* (Turnhout, 2009), pero conviene señalar que la división en libros es del propio Padre Mariana, para facilitar, según afirma en el prólogo de la edición, su lectura. Dividió para ello la obra en tres libros, puesto que el texto tenía tres partes bastante diferenciadas, que iban precedidas de un

3 Sobre los puntos de contacto de las tres obras de don Lucas, véase P. HENRIET, “*Sanctissima patria*. Points et thèmes communs aux trois oeuvres de Lucas de Tuy”, *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales*, 24 (2001), pp. 248-277; p. 277.

4 E. FLÓREZ, *España Sagrada*, XXII, Madrid, 1767, pp. 121-122.

5 M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de los heterodoxos españoles*, I, Madrid, 1975, p. 530.

6 F. J. FERNÁNDEZ CONDE, “Albigenses en León y Castilla a comienzos del siglo XIII”, en *León medieval. Doce estudios*, León, 1978, pp. 96-114; pp. 101-102.

7 A. MARTÍNEZ CASADO, “Cátaros en León. Testimonio de Lucas de Tuy”, *Archivos Leoneses*, 37 (1983), pp. 263-311; p. 274, n. 47.

8 Sede que presidió desde 1239 hasta su muerte en 1249, aunque antes había vivido en León gran parte de su vida y allí había escrito sus obras, tras haber realizado viajes a diversos lugares como Roma, París y Jerusalén. Véase LUCAS TUDENSIS, *Chronicon mundi, cura et studio E. FALQUE* (CCCM 74), Turnhout 2003, Introducción, vii-xii.

9 F. J. FERNÁNDEZ CONDE, *art. cit.*, p. 97.

10 E. FLÓREZ, *España Sagrada*, XXII, Madrid, 1767, pp. 121-2. Consideraba Flórez que había que fijar la composición de la obra entre 1234 y 1235.

11 P. HENRIET, *art. cit.*, p. 253.

12 A. MARTÍNEZ CASADO, *art. cit.*, pp. 271-272.

prólogo del autor, que Mariana mantiene como tal encabezando el texto<sup>13</sup>. Por mi parte, he mantenido esta división en libros pues el editor no añade título alguno a cada libro y puede sernos útil a la hora de leer y citar el *De altera uita*, ya que este tratado se cita desde el s. XVII siguiendo esta división hecha por Mariana<sup>14</sup>. En el libro primero se incluyen todas las cuestiones relacionadas con la otra vida, que es la que da nombre al tratado, así como las relaciones entre vivos y difuntos, los castigos y recompensas, la existencia de un mundo ultraterrenal, etc. Va tomando el autor argumentos de los *Diálogos* de San Gregorio, de manera que todo este tratado sobre el más allá se convierte en un resumen de la doctrina escatológica de este santo, con algunas citas de otros padres. El libro segundo está integrado por una serie de tratados independientes, de amplitud desigual, en los que reflexiona el autor sobre los sacramentos y sacramentales y termina exhortando a los clérigos a llevar una vida ejemplar. El libro tercero tiene como objetivo desenmascarar las tácticas clandestinas de proselitismo de los herejes. Muchas de estas referencias carecen de ubicación, tanto en el espacio como en el tiempo; otras ocurrieron más allá de los Pirineos y varias están situadas en la ciudad de León. Estas últimas son las que han recibido más atención por parte de los estudiosos actuales, pues se encuentran en ellas los datos de que disponemos para el estudio de este movimiento herético leonés.

De este tratado he entresacado el capítulo XI del libro segundo, muy interesante para el estudio de la iconografía de la crucifixión en la Edad Media, pues en él trata de demostrar Lucas de Tuy que fueron cuatro los clavos con los que Cristo fue clavado en la cruz, atacando a los que ya en su tiempo sostenían que sólo fueron tres y así lo representaban. La importancia que para el autor de la obra tiene esta cuestión viene demostrada por el hecho de que la incluya en este tratado.

El hecho de que Lucas de Tuy dedique todo un capítulo a intentar demostrar que fueron cuatro los clavos en la crucifixión, nos indica que ya en su tiempo empezaban a aparecer imágenes en las que Cristo estaba clavado en la cruz sólo con tres y él mismo admite que había discusión “entre muchos sobre el número de clavos que fueron hundidos en el cuerpo del Señor”. Efectivamente, han sido señaladas ya hace tiempo las características del crucifijo del s. XII y del XIII<sup>15</sup>, que presentan diferencias que atañen a distintos elementos (la cruz, el *titulus*, el *perizonium*, el *suppedaneum*...) y al propio Cristo (colocación del cuerpo, los brazos, la cabeza, y, por supuesto, la posición

13 *Lucae Tudensis episcopi, De altera uita, aduersus Albigenis errores. Auctoris Praefatio.*

14 Mayor dificultad plantea la división en capítulos, así como los títulos de los mismos, dificultad que ya fue puesta de relieve por A. Martínez Casado (*art. cit.*, p. 272), pues el Padre Mariana como editor no sólo divide el texto en capítulos, sino que incluso les da título en latín a muchos. Estos títulos se refieren al contenido de los mismos y podrían ser útiles para que el lector se oriente por las informaciones que puede encontrar en la obra, pero en ocasiones rompen el hilo del discurso.

15 Sigue vigente el detallado estudio iconográfico sobre el crucifijo de P. THOBY, *Le Crucifix, des Origines au Concile de Trente*, 2 vols., Nantes, 1959, de donde tomo estos datos, véanse: pp. 123-126 (*Caractères du Crucifix du XIIe siècle*) y pp. 155-157 (*Caractères du Crucifix du XIIIe siècle*).

de los pies y número de clavos). Con respecto a esto último, hay que recordar que en el s. XII los pies que estaban en rotación externa, se aproximan y se hacen paralelos, especialmente en los crucifijos de bronce, madera y marfil, pues los miniaturistas conservan la rotación externa hasta el s. XIII. Por el contrario, en el s. XIII —dejando a un lado los cambios que también se producen en los restantes elementos— los pies de Cristo se cruzan, posición impuesta por el estrechamiento de la madera de la cruz ya que la superficie era demasiado angosta para albergar dos clavos de los pies en rotación externa y hacia final del siglo los pies se cruzarán sin rotación.

Para demostrar su tesis alude don Lucas en primer lugar al Papa Inocencio III, a quien se refiere como “gran vicario de Dios, doctor de la Iglesia y perseguidor de herejes”, cualidad esta última muy digna de resaltar en un tratado antiherético y a quien cita como autoridad que avala la tesis de los cuatro clavos:

*Aquel gran vicario de Dios, doctor de la Iglesia y perseguidor de herejes, el Papa Inocencio III, asegura que fueron hundidos en el cuerpo del Señor precisamente cuatro clavos diciendo: “Fueron cuatro los clavos en la pasión del Señor —dice— con los que fueron traspasados las manos y los pies”. Y poco después: “Dos pies y dos manos, cuatro clavos debe utilizar el cristiano”.*

Pero si el recurso a la autoridad de este Papa es prueba decisiva y no deja resquicio alguno para la discusión (“¿Qué hay más claro que esta autoridad? ¿Qué hay más verdadero que estas palabras que salieron del trono de Dios, es decir, de la Iglesia Romana por medio de la sagrada voz del padre de todos, Inocencio?”), añade nuestro autor), no obstante, la figura central en este capítulo no es el Papa Inocencio III, sino San Francisco de Asís, que don Lucas incluye por la relación del santo y sus estigmas con la crucifixión, demostrando además que conocía ya la *Vita beati Francisci* de Tomás de Celano<sup>16</sup>, pues inserta párrafos de ella en este capítulo<sup>17</sup>. Si tenemos en cuenta que la redacción de la *Vita beati Francisci* suele fecharse en 1228/1230, tendríamos que Lucas de Tuy muy pronto conoció la obra de Celano y manejó una copia de ella, que quizás pudo conseguir durante la estancia en Italia de la que él mismo habla en *De altera uita*, pues nos cuenta el propio don Lucas que en Roma tuvo ocasión de recibir la bendición del Papa Gregorio IX el día de Jueves Santo (*in festo coenae Dominicae*)<sup>18</sup>.

16 Como es sabido, Tomás de Celano es el primer hagiógrafo de San Francisco y la *Vita beati Francisci* (*Vita prima*: 1228/30) es la primera de las obras que dedicó al santo de Asís, de la que hizo un epitome poco después, la *Legenda ad usum chori* (1230). A ambas siguieron más tarde el *Memoriale in desiderio animae* (*Vita secunda*: 1245/47) y un *Tractatus de miraculis* (1250/1253). De estas dos redacciones, conocidas como *Vita prima* y *Vita secunda*, la primera, escrita por encargo de Gregorio IX, es la utilizada para el tratado escrito por Lucas de Tuy.

17 Para la relación entre ambas obras, véase mi artículo: E. FALQUE, “Huellas franciscanas en *De altera uita* de Lucas de Tuy”, *Archivum Franciscanum Historicum*, 103 (2010), pp. 239-250.

18 Esta reflexión, por supuesto, no excluye la posibilidad de que Lucas de Tuy hubiera podido tener acceso a la *Vita beati Francisci* más tarde en España, en algún convento franciscano o en otro lugar de tipo religioso, puesto que la obra de Celano fue la vida de San Francisco que probablemente

El Tudense interpreta las cuatro señales de los clavos en las manos y pies del santo como prueba de que efectivamente fueron cuatro los clavos en la crucifixión:

*“...como se encuentra en la sagrada Legenda del santo y asegura el piadoso testimonio de muchos religiosos, clérigos, laicos y seculares, que merecieron tocarlas con sus manos o contemplarlas con sus ojos terrenales hace cinco años, en las manos y pies de San Francisco aparecieron cuatro señales de los clavos, demostrando la victoria conseguida por el soldado de Cristo en la lucha contra el mundo y el seguimiento de su Rey, Jesucristo, con la señal de los cuatro clavos de la pasión del Señor”.*

A ello añade que él personalmente ha podido ver los cuatro clavos de la cruz conservados en distintas partes del mundo:

*“uno en el monasterio de los santos Dionisio, Rústico y Eleuterio<sup>19</sup>, en el reino de Francia, otro dejado por Constantino en la iglesia de Santa María de Nazareth en las regiones de ultramar, el tercero en Tarso de Cilicia y el cuarto en Constantinopla. Yo mismo he visto estos clavos en los lugares mencionados y los he venerado suplicante”.* (*De altera uita*, II, 11).

Este comentario que nos lleva al culto a las reliquias, tan característico y tan importante en la Edad Media, enlaza por otra parte con una cuestión que ya he puesto de relieve en otro lugar, que la obra de la que nos estamos ocupando, *De altera uita*, nos proporciona algunos datos de la biografía de Lucas, obispo de Tuy<sup>20</sup>.

Por último, no puedo terminar la presentación de la traducción de este capítulo de *De altera uita* sin referirme a la obra de Francisco Pacheco, editada de forma magistral por Bonaventura Bassegoda i Hugas<sup>21</sup>, pues termina aquél precisamente con dos capítulos dedicados a esta cuestión: *A favor de la pintura de los cuatro clavos con que fue crucificado Cristo nuestro Redentor* (Cap. XV), y otro en el que se incluyen las aprobaciones, *En que se refiere el sentimiento y aprobación destas dos cartas por hombres doctos que las censuraron* (Cap. XVI). En el primero se reproducen dos escritos antiguos, una carta de Francisco de Rioja y la respuesta del propio Pacheco a

---

tuvo mayor difusión en todas las provincias franciscanas. El Prof. Linehan considera que podría fecharse la estancia de don Lucas en Roma en la Semana Santa de 1230 o 1231, descartando otros años del pontificado de Gregorio IX (1227-1241), véase P. LINEHAN, “Dates and doubts about D. Lucas”, *Cahiers de linguistique et de civilisation hispaniques médiévales* 24 (2001) pp. 201-17; sobre las fechas de la estancia de don Lucas en Roma: pp. 202-4 [= Fechas y sospechas sobre Lucas de Tuy, en *Anuario de Estudios Medievales* 32 (2002) 19-38: 21-3].

19 Es decir, Saint-Denis, cerca de París.

20 Le dediqué un apartado a este aspecto en la introducción de mi edición (2. *De altera uita*, fuente de información sobre don Lucas), LVCAS TVDENSIS, *De altera uita*, cura et studio E. FALQUE REY (CCCM 74A), Turnhout, 2009, pp. xi-xiv. Evidentemente, sabemos por este pasaje que Lucas de Tuy estuvo en los lugares, en los que se veneraban en aquella época los cuatro clavos.

21 F. PACHECO, *Arte de la pintura*, ed., introd. y notas de B. Bassegoda i Hugas, Madrid, Cátedra, 1990.

Rioja, fechadas en 1619 y 1620 respectivamente, en las que se ofrecen argumentos a favor de los cuatro clavos con gran aparato erudito, citas de diferentes autores, haciendo especial referencia al “libro de Angelo Rocca, publicado en 1609, que contiene uno de los alegatos más directos y completos a favor de los cuatro clavos”<sup>22</sup>; en el segundo se aportan siete *Aprobaciones*, que respaldan la propuesta iconográfica del Crucificado con cuatro clavos, presentadas –como bien señala Bonaventura Bassegoda i Hugas– por todas las fuerzas vivas de la Iglesia sevillana de aquel momento<sup>23</sup>.

Entre los distintos autores a los que se refiere Francisco de Rioja en la carta que dirige a Francisco Pacheco, que van desde Plauto y San Cipriano, pasando por San Ambrosio y Gregorio de Tours, hasta el Papa Inocencio III y Nono Panopolitano, alude también al obispo Lucas de Tuy y al capítulo del tratado *De altera uita* (II, 11)<sup>24</sup>, del que inserta un párrafo recordando el relato que hace don Lucas de los estigmas de San Francisco de Asís para probar que fueron cuatro los clavos de Cristo, así como la referencia hecha, también en *De altera uita* (II, 9), a la cruz de los herejes con tres clavos<sup>25</sup>. Y más adelante, tras copiar otro párrafo del mismo tratado del Tudense<sup>26</sup>, dice:

*Todo este lugar he querido poner entero por la novedad que tiene y porque enseña que las imágenes de Cristo crucificado con tres clavos fueron error y malicia de los herejes albigenses. Y no parece que se confirma levemente lo que dice de ser tradición la pintura de las otras imágenes con lo que se puede hoy rastrear de la antigüedad, pues ninguna imagen vemos de las muy antiguas que no tengan cuatro clavos*<sup>27</sup>...

Francisco Pacheco en su respuesta añade algunos datos eruditos y trae también a colación el mismo tratado del Tudense y el pasaje dedicado a los pies y manos de San Francisco, citado además por el jesuita Juan de Pineda<sup>28</sup>. Más adelante, tras numerosos

22 *Op. cit.*, p. 713. *Carta de Don Francisco de Rioja a Francisco Pacheco* en pp. 713-719 y *Respuesta de Francisco Pacheco a Francisco de Rioja* en pp. 720-734.

23 En primer lugar el canónigo de mayor jerarquía, don Manuel Sarmiento de Mendoza, y los más prestigiosos maestros y predicadores de las órdenes religiosas: un agustino, fray Luis Moreno; un jesuita, el padre Diego Meléndez; un mínimo, fray Francisco Freire; un mercedario, fray Fernando de Ribera; un dominico, fray Vicente Durango; y un franciscano, fray Damián Lugones. En opinión de Bonaventura Bassegoda i Hugas, con esta selección de autores Pacheco intenta vender una imagen de unanimidad. F. PACHECO, *op. cit.*, p. 734.

24 Dándole el título con el que Mariana editó el texto por primera vez, *Contra Albigenses*.

25 El párrafo insertado por Francisco de Rioja corresponde a II, 11, 35-42, p. 128 y II, 11, 46-53, p. 129 de mi edición (CC CM, 74A). Como colofón de la cita añade: “Así dice esto Lucas Tudense, que también le parece que es tradición de los Padres antiguos el uso de los cuatro clavos en las imágenes. Y no sólo dice que es tradición, pero que las de tres clavos las introduxeron los herejes albigenses por burla, [...]”. F. PACHECO, *op. cit.*, p. 718.

26 *De altera uita*, II, 9, 130-163, p. 121 también de mi edición (CC CM, 74A).

27 F. PACHECO, *op. cit.*, p. 718.

28 Este jesuita en uno de sus sermones recuerda un texto de San Buenaventura muy parecido al de Lucas de Tuy, semejanza que no debe sorprendernos ya que, como ya he señalado, una de las fuentes que utiliza el Tudense, es precisamente la *Vita beati Francisci* de Tomás de Celano (*Vita*

y eruditos ejemplos, vuelve a referirse a Lucas de Tuy, pues recuerda que la imagen de Cristo crucificado con tres clavos, “vemos que se comenzó a executar en el tiempo de Lucas Tudense y del bienaventurado San Francisco, que floreció por los años 1200 [...] Y esta de cuatro clavos comenzó con la Iglesia y la executaron primero los discípulos de Cristo, teniendo fresca la memoria de su sagrada pasión, y presentes tantos testigos de vista”<sup>29</sup>.

Por último, entre las *Aprobaciones*, la más extensa y la que se refiere, una y otra vez, a los estigmas de San Francisco es, lógicamente, la del franciscano fray Damián de Lugones, quien inserta también en latín una parte del capítulo II, 11 de *De altera uita* de Lucas de Tuy<sup>30</sup>.

Todo ello nos demuestra que este texto escrito en el s. XIII por el obispo de Tuy ha sido objeto de atención en diversas ocasiones por parte de quienes se han ocupado de la iconografía de Cristo crucificado. Puesto que la obra del Tudense no ha sido traducida a ninguna lengua moderna, ofrezco la primera traducción de este capítulo, que puede interesar tanto a los medievalistas y a los estudiosos de la Historia del Arte, como a aquellos interesados en aspectos teológicos y doctrinales. Por mi parte, como latinista, me limito con esta traducción a facilitar la lectura de este texto medieval, interesante desde muchos puntos de vista y poco accesible hasta ahora.

### X<sup>B</sup><sup>31</sup>

*Contra los que dicen que sólo tres clavos fueron hundidos en las manos y pies del Salvador*

Puesto que hay discusión entre muchos sobre el número de clavos que fueron hundidos en el cuerpo del Señor, ya que algunos aseguran siguiendo sus propias ideas que sólo fueron tres clavos, por lo que muchos ignorantes se escandalizan, porque la tradición de los santos padres acostumbró a clavar cuatro en las imágenes de la cruz, para disipar el escrúpulo de la duda y reforzar las proclamas de la verdad deseamos en la medida de nuestra pequeñez alzar el trofeo de la gloriosísima pasión de nuestro Rey y difundir entre los fieles el conocimiento de este asunto.

Aquel gran vicario de Dios, doctor de la Iglesia y perseguidor de herejes, el Papa Inocencio III<sup>32</sup>, asegura que fueron hundidos en el cuerpo del Señor precisamente cuatro

---

*prima*), obra que, a su vez, conocería y utilizaría San Buenaventura más tarde, cf. E. FALQUE, *art. cit.*, pp. 239-244.

29 F. PACHECO, *op. cit.*, pp. 732-733.

30 *Aprobación sétima* de Fray Damián de Lugones, firmada en Sevilla en 1629. Incluye el texto desde *O quam laudabilis...* hasta *lancea uulneratum*, es decir, II, 11, 58-92, pp. 129-130 de mi edición (CC CM, 74A).

F. PACHECO, *op. cit.*, pp. 742-747.

31 La Dra. Pérez Vega ha tenido la amabilidad de leer esta traducción. Debo agradecerle sus correcciones y sugerencias.

32 No pasa tampoco desapercibida la autoridad del Papa Inocencio III a Francisco de Rioja, quien toma la referencia del texto del Tudense: “El sentimiento, pues, de Inocencio Papa III no se

clavos diciendo: “Fueron cuatro los clavos en la pasión del Señor –dice– con los que fueron traspasados las manos y los pies”. Y poco después: “Dos pies y dos manos, cuatro clavos debe utilizar el cristiano”. ¿Qué hay más claro que esta autoridad? ¿Qué hay más verdadero que estas palabras que salieron del trono de Dios, es decir, de la Iglesia Romana por medio de la sagrada voz del padre de todos, Inocencio? No hay razón por la que deba contradecir esto el católico, no hay motivo para que deba creer lo contrario el cristiano. Pues todas las cosas que son dichas por el Romano Pontífice ante el mundo han de ser observadas por los fieles como preceptos divinos. Todos deben creer en aquél, siempre que la autoridad manifiesta no se oponga a la Sagrada Escritura; cualquiera que temerariamente le contradice, es condenado como reo de blasfemia, porque se confirma que quien puso al Papa al frente de todos los hombres e incluso lo nombró juez de las almas eleva las palabras del Pontífice hasta el cielo; pues él es la llave y la regla de los fieles, por la que en esta vida se rigen los santos, para poder entrar en la corte celestial.

Para apoyar el testimonio de la verdad expondremos especialmente el caso del beatísimo padre Francisco<sup>33</sup>, con cuya humildad y santísima sencillez Dios aplastó la soberbia y rechazó la ciencia en nuestros tiempos, el cual llevó en su propio cuerpo los estigmas de Jesucristo, para que resplandezca la verdad claramente y se eclipse la falsedad. Pues, como se encuentra en la sagrada *Legenda* del santo y asegura el piadoso testimonio de muchos religiosos, clérigos, laicos y seculares, que merecieron tocarlas con sus manos o contemplarlas con sus ojos terrenales hace cinco años, en las manos y pies de San Francisco aparecieron cuatro señales de los clavos, demostrando la victoria, conseguida por el soldado de Cristo en la lucha contra el mundo, y el seguimiento de su Rey, Jesucristo, con la señal de los cuatro clavos de la pasión del Señor. Efectivamente está escrito en la *Legenda* del santo que después de la beatífica visión de un serafín crucificado aparecieron en sus manos y pies las señales de los clavos, tal como poco antes había visto a aquel hombre crucificado que estaba en lo alto. Sus manos y sus pies estaban traspasados justo en el centro por los clavos, la parte superior de éstos aparecía en la parte interior de las manos y en la superior de los pies mientras que la punta de éstos estaba por la parte contraria. Aquellas señales eran redondas en el interior de las manos y en el exterior alargadas; aparecía algo de carne, como si fuera la parte superior de los clavos retorcida y golpeada, que sobresalía

---

debe pasar en silencio, que en el sermón 1º de un mártir lo dice, expresamente: *Fuerunt et clauis quatuor quibus manus confixae sunt et pedes affixi sint*. Y, más abaxo, dice: “En estos dos leños debe clavar el cristiano dos pies y dos manos con cuatro clavos”: *In his duobus lignis duos pedes et duas manus quatuor clavis debet configere christianus*. F. PACHECO, *op. cit.*, p. 715.

33 Para demostrar la existencia de los cuatro clavos en la crucifixión de Cristo alude Lucas de Tuy a los estigmas de San Francisco de Asís e incluye en este capítulo algunos pasajes tomados de la *Vita beati Francisci (Vita prima)* de Tomás de Celano, obra escrita hacia 1228/1230, lo que demuestra –como ya he señalado más arriba– que el Tudense muy pronto conoció la obra de Celano y pudo manejar una copia de ella, pues hay que recordar que *De altera uita* podría fecharse hacia 1236.



sobre el resto. Así también se habían marcado las señales de los clavos en los pies y habían sobresalido del resto de la carne. Se muestra también terminada la señal de la pasión del Señor con perfección en el santísimo padre Francisco, cuando se dice lo siguiente: “El costado derecho, con una herida como si hubiera sido traspasado por una lanza, era el que a menudo chorreaba sangre, de tal manera que su túnica y sus calzas se manchaban muchas veces con la sagrada sangre”. Oh, cuán digno de alabanza este beatísimo santo, en el que tantos bienes celestiales abundaron, de manera que de la plenitud espiritual con la terrena sabiduría de un hombre casi simple e indocto todo el orbe se alegre de estar lleno de la abundancia de bienes espirituales, como con un desbordamiento de gran cantidad de agua. En todas partes brilla la verdad del Evangelio, la tierra se llena con la inundación de las santas Escrituras y desaparece la astucia de la falsedad. Como conviene y de hermosa manera es alabado por toda criatura aquel a quien el Creador honró en nuestros tiempos con tan gran excelencia; elevado por antonomasia por encima de otros santos con las señales de la pasión del que fue Dios y hombre, como el sol del mediodía, encendió los fríos corazones de los hombres con el calor de la fe. Mostró los signos de la pasión de Cristo con una fe que se percibe con los sentidos, para que los estigmas de la redención no se borraran de las mentes de los fieles con el paso del tiempo. Pues ya muchos retrocedían, pensando cosas contrarias a la verdad, dudaban muchos, que parecían incluso doctores, y como en sueños se convertían a las fábulas y a las novedades superfluas. Pero el Señor en su misericordia hizo surgir a los beatísimos Francisco y Domingo, fundador de la santísima Orden de predicadores, por medio de los cuales resplandeció la luz de la verdad para gran parte del mundo en medio de las tinieblas de los errores y de la ambigüedad, la clemencia del Redentor limpió las manchas de los pecados de los corazones de cada uno y cerró los tortuosos caminos de la falsedad. Ciertamente la mayor parte del mundo se dirigía hacia cosas falsas o dudosas. Unos, embrollados en diversos errores, sostenían con desvergüenza que Cristo no había sufrido en su verdadera carne, otros, sin el apoyo de ninguna autoridad, aseguraban que había sido colgado en la cruz sólo con tres clavos y que no había sido traspasado con la lanza el costado derecho, sino el izquierdo. Pero Dios omnipotente, quien *eligió al débil del mundo para confundir al fuerte*<sup>34</sup>, por medio de su siervo Francisco, un hombre casi iletrado, tras hacer visible su fe, de tal manera aplastó los falaces argumentos de aquéllos, que aunque de mala gana deben ceder ante la muy manifiesta verdad. Pero si alguien por casualidad se atreviera a decir que todas estas cosas fueron hechas en San Francisco de manera milagrosa y no a la manera de la pasión de Cristo, oiga lo que se lee de forma clara sobre su muerte: “Aparecía en él realmente la forma de la cruz y de la pasión del Cordero inmaculado, que lava los pecados del mundo, puesto que parecía descolgado recientemente de la cruz y tenía las manos y los pies traspasados por los clavos y el costado derecho atravesado por una lanza”. Y también allí mismo: “Era admirable ver en medio de sus manos y sus

---

34 I Cor. 1, 27.

pies no los agujeros de los clavos, sino los propios clavos, hechos con su propia carne conservando la negrura del hierro, y el costado derecho enrojecido por la sangre”.

Esto debe ser suficiente para probar lo dicho anteriormente y que la cruz de Cristo tuvo cuatro brazos y para creer que en ella el Salvador fue colgado con cuatro clavos y traspasado en su costado derecho con una lanza. Pues así lo mantiene la preclara costumbre de la Iglesia Romana; esto mismo cree la Iglesia de los Griegos, la de los Armenios y también la de los Orientales, como yo he visto con mis propios ojos. Esto atestigua el glorioso Papa Inocencio con sagradas palabras; esto también parece clamar el Señor en el cuerpo del santo padre Francisco. Todo el que insolentemente se oponga, provocará contra él en el Juicio Final la sentencia de los apóstoles y a la turba de los hijos de Francisco, los santos pobres, de quienes es el Reino de los cielos.

Lo que algunos quieren aducir para probar que fueron tres los clavos, a saber, que sólo se encuentran en las diversas partes del mundo dos, porque uno de los tres había sido arrojado al mar para apaciguar su oleaje que se encolerizaba en demasía, es rebatido por el testimonio de muchos, quienes para honrar a Dios merecieron besar muy devotamente uno en el monasterio de los santos Dionisio, Rústico y Eleuterio en el reino de Francia, otro dejado por Constantino en la iglesia de Santa María de Nazareth en las regiones de ultramar, el tercero en Tarso de Cilicia y el cuarto en Constantinopla. Yo mismo he visto estos clavos en los lugares mencionados y los he venerado suplicante<sup>35</sup> También en otros lugares se muestra o alguna parte o ciertamente uno de ellos, según testifican los que presentan esas mismas reliquias para ser adoradas por los peregrinos. Todos los respetamos piadosamente, aunque sólo cuatro clavos fueron atravesados en el cuerpo del Redentor, pues pudieron ser divididos en partes, y también las juntas de la cruz con el madero transversal y la inscripción fueron unidas con clavos de hierro, los cuales fueron consagrados todos al estar colgado el propio Hijo de Dios en la cruz y merecidamente son venerados por todos los fieles con gran devoción. Pues no es engañado el justo, que confía en la religión católica, y no perderá su recompensa si hubiera abrazado con fiel devoción en lugar del vivífico leño o de los clavos de Cristo alguna otra cosa que le hubiera sido presentada por los ministros de la Iglesia como si se tratase del leño o los clavos. Idéntica es nuestra opinión sobre las restantes reliquias de los santos. Así puede objetarse que está escrito que Santa Elena<sup>36</sup> había hecho

35 Esta es una de las pocas alusiones personales hechas por don Lucas en la obra y es un pasaje al que ya me he referido anteriormente, pues por él sabemos que Lucas de Tuy estuvo en estos lugares, en los que se veneraban en aquella época los cuatro clavos (*CC CM* 74A, pp. xi-xiv).

36 Lucas de Tuy se hace eco de la tradición según la cual Santa Elena le había enviado a su hijo Constantino algunos de los clavos empleados en la crucifixión. Son varios los autores que nos han transmitido esta leyenda, recogidos también y citados por Francisco de Rioja en su carta a Francisco Pacheco. Entre otros cita a Rufino y Teodoreto, añadiendo: “De todos estos lugares, manifestamente, se colige haber sido cuatro los clavos; a lo menos, más de tres y cierto es que no fueron cinco; porque, si dicen que unos se pusieron en el morrion y otros en el freno, cosa es evidente, que habían de ser más de tres. Zonaras es también de este séquito y Nicéforo lo da a entender, claramente, cuando refiere que Elena le envió a Constantino unos de los sacros clavos que hallara en el monumento, y con que el cuerpo de Cristo había sido penetrado, y que el uno dellos

limar los clavos del Señor y ponerlos en el freno del caballo como ayuda para vencer a las tropas de los enemigos. Por ello he dicho estas cosas, para mostrar que en más lugares que en dos o tres las reliquias de los clavos de Cristo pueden ser presentadas por los ministros de la Iglesia. En consecuencia podemos también recordar la antigua costumbre conservada por la Iglesia de que la cruz había sido de cuatro brazos y que tuvo cuatro sacratísimos clavos lo cual se muestra en la cruz e imagen que se llama “rostro de Luca”<sup>37</sup>, que la antigüedad atestigua que fue hecha por Nicodemo, discípulo de Cristo, a semejanza del Hijo de Dios colgado de la cruz. Esta imagen representa al Creador colocado en la cruz con los pies rectos y por otra parte muestra que un madero atravesado sobresale de ella en su parte más alta. Considere atentamente todas estas cosas ya mencionadas aquel que se oponga y, cuando no tenga ningún argumento, ceda a la verdad muy manifiesta, pues los pies del Redentor estuvieron en la cruz no retorcidos, sino rectos, para enseñarnos a andar con el paso recto de la caridad y de las obras por la senda de sus mandatos. Nuestros pecados lo fijaron a la cruz con cuatro clavos en su cuerpo, para conducir a los hombres dispersos por las cuatro partes del mundo al culto de la santísima cruz y consolidarlos en la fe católica.

Pero podrá decir alguno<sup>38</sup>: “En cuanto a esto afirmamos que el Señor fue crucificado con un único clavo con un pie sobre el otro y queremos que las costumbres de la

---

puso en el morrión y otro en el freno: *Missit etiam illa ad eum ex sacris clavis quosdam quos tum ad monumentum repererat, illis porro corpus Christi transfixum fuerat, quorum altero ille sibi fertur galeam instruxisse, alterum equi froenis inseruisse*. Así lo dice en su *Historia de la Iglesia*, en el libro 8, en el cap. 29”. F. PACHECO, *op. cit.*, pp. 714-715. Añado la traducción del texto latino de este párrafo: “Le envió ella (Santa Elena) algunos de los sagrados clavos que había encontrado junto al monumento, con los que había sido traspasado el cuerpo de Cristo, de los que se dice que él (Constantino) había colocado uno en el casco y había insertado el otro en el freno del caballo”.

37 En la *Respuesta de Francisco Pacheco a Francisco de Borja* se hace referencia a una imagen de Cristo realizada por el Evangelista San Lucas, esculpida en cedro y clavada en la cruz con cuatro clavos. Según Francisco Pacheco: “Representa a Cristo vivo, antes que la lanza abriese su costado; [...] tiene en la cabeza una corona real, en vez de la de espinas; y en lo alto de la Cruz, su título”. Por otra parte, añade Pacheco, citando a Angelo Rocca, que hay otra imagen “la más antigua y primera y labrada y hecha de escultura de cedro por las manos de uno de los principales hombres de Judea y discípulo de Cristo, que fue Nicodemus”—imagen a la que alude en este texto el Tudense— y que “se guarda en Luca, ciudad de Etruria, la cual tiene los pies de por sí clavados con dos clavos”. La expresión empleada por el Tudense (...*imagine quae ‘uultus de Luca’ dicitur...*) podría ser ambigua, si no fuera seguida por la referencia a Nicodemo, discípulo de Cristo, lo cual demuestra que el autor alude a la segunda, conservada en la ciudad italiana de Luca. De ambas dice Francisco Pacheco: “Estas dos imágenes de Cristo con cuatro clavos, que hicieron San Lucas y Nicodemus tienen hoy suma veneración y son visitadas de los fieles con frecuencia y devoción grandísima; lo uno, por ser tales los artífices y lo otro, por los muchos milagros que en diversos tiempos ha obrado Dios por ellas”. F. PACHECO, *op. cit.*, pp. 730-732.

38 Ha llamado la atención recientemente sobre este pasaje Paul Binski, para quien Lucas de Tuy fue capaz de poner en boca de los herejes, sus oponentes, argumentos que pueden interesarnos, como éste. Considera don Lucas que la innovación fue uno de las sutiles maneras que los herejes usaron para subvertir la doctrina verdadera, y parece pensar más bien en los artistas heréticos que en sus patronos, a pesar de que la distinción —como bien señala Binski— en realidad no es muy

Iglesia se cambien, para que la devoción del pueblo aumente ante la mayor amargura de la pasión de Cristo y, tras la renovación de las costumbres, se evite el hastío<sup>39</sup>. Pues no atañen estas cosas a la substancia de sacramentos o de los artículos de fe y pueden cada día variar al gusto de cada uno. Es suficiente para la salvación creer que Cristo fue crucificado y es indiferente considerar que aquél fue colgado en una cruz de cuatro o de tres brazos, que fue clavado con cuatro o tres clavos y que su costado derecho o el izquierdo fue traspasado con una lanza. Incluso algunas cosas son fingidas según el lugar y el momento, aunque no sean verdaderas, para que se extienda la gloria del nombre de Cristo”. A los que afirman razonadamente estas cosas y otras semejantes conviene responder también razonadamente para que, debido a la falta de cautela de una respuesta improvisada, no se cree causa u ocasión de errar. Y así respondemos públicamente, en relación a este artículo de fe, que es suficiente para nuestra salvación creer que Jesucristo fue crucificado con su verdadero cuerpo, que había tomado de la Virgen. Pero si se nos pregunta sobre aquellas cosas, al tratar de la cruz, de los clavos y de la herida del costado, nos adherimos a las divinas autoridades utilizando y siguiendo los mandatos de la Iglesia Romana. Sobre lo que dicen de que algunas cosas se han de fingir, aunque no sean verdaderas, para extender la gloria del nombre de Cristo, respondemos sencillamente con el santo Job, quien dice a los malos amigos: *¿Acaso Dios tiene necesidad de vuestra mentira, para que hablemos engañosamente en su nombre?*<sup>40</sup>. Por lo que dice el representante del Espíritu Santo: Dios no necesita la mentira, porque la verdad no busca apoyarse en el auxilio de la falsedad. Además el castigo de la perdición permanece para aquellos que mienten, según habla el salmista a Dios diciendo: *Perderás a todos los que dicen falsedades*<sup>41</sup>. Y la Sagrada Escritura dice: *La boca que miente mata el alma*<sup>42</sup>. Está claro que Dios no es aplacado con mentiras, sino que más bien es provocado para infligir castigos. Pues siendo Él la Verdad, quiere ser elogiado con encomios verdaderos. Cristo desnudo colgado en la cruz es predicado por los fieles adecuadamente con la verdad desnuda. La falsedad siempre busca la mentira y la traición la excusa. Judas entregó a Cristo con el beso de la traición y de mala manera el presuntuoso intenta ocultar la verdad cubriendo la falsedad. A lo que se ha dicho más arriba de que las costumbres de la Iglesia no tienen la categoría de los sacramentos o de los artículos de fe y pueden cada día cambiarse, respondemos que han

---

clara. P. BINSKI, “The Crucifixion and the Censorship of art Around 1300”, en P. LINEHAN- J. L. NELSON (eds.), *The Medieval World*, London-New York, Routledge, 2001, pp. 342-360, en concreto, p. 348.

39 Esta referencia al cambio de las costumbres tradicionales para evitar el aburrimiento de los creyentes también ha sido puesta de relieve por Paul Binski, quien opina que para Lucas de Tuy la innovación, incluso la innovación perversa e indecorosa, puede tener origen en el aburrimiento, manifestando en este pasaje una teoría de la sensibilidad agotada o *ennui* como condición previa de los cambios estéticos, que le hace muy moderno, casi un esteta del s. XIX *avant la lettre*, en la línea de Göller o Wölfflin. P. BINSKI, *art. cit.*, p. 349.

40 Job 13, 7.

41 Ps. 5, 7.

42 Sap. 1, 11.

sido transmitidas por los santos padres a través del Espíritu Santo y que, a no ser que lo exija una necesidad inevitable y el bien común, no han de ser cambiadas ni siquiera por los obispos. Por ello Gregorio<sup>43</sup> al escribir a todos los obispos de Numidia dice: “Nosotros concedemos que permanezca inamovible la costumbre que está demostrado que no daña a la fe católica”.

El Papa León al arzobispo Igmario<sup>44</sup>: “Es ridículo y deshonor muy abominable que rompamos las tradiciones que hemos recibido desde antiguo de los santos padres”.

El Papa Pelayo a Armentario, jefe del ejército, entre otras cosas: “Puesto que los derechos de los documentos perdidos de la Iglesia han sido confirmados con autoridad, de ninguna manera permitase, aunque lo quisiera el propio pontífice, tener libertad para apartarse de ellos”.

Isidoro: “Las costumbres de la Iglesia de Dios, antiguas y aprobadas, no deben en modo alguno cambiarse, a no ser que sea evidente el bien común o surja una necesidad inevitable”.

Agustín a Casulano<sup>45</sup>: “En estos asuntos, de los cuales la Sagrada Escritura no establece nada de cierto, la costumbre del pueblo de Dios o las cosas establecidas por los mayores han de ser tenidas como leyes. Y así, como prevaricadores de las leyes divinas, los que desprecian las costumbres eclesiásticas han de ser corregidos”.

Agustín también: “De ninguna manera podrá equivocarse quien no vive según su criterio, sino siguiendo el ejemplo de sus mayores”.

Jerónimo<sup>46</sup>: “Las costumbres y tradiciones de los mayores, que no son contrarias a la fe, las considera la religión cristiana leyes apostólicas”. Si se pregunta por quiénes fueron establecidas las costumbres de la Iglesia, que son observadas estrictamente en todas partes, aunque ningún escrito cita a sus responsables, respondemos que fueron establecidas por los santos apóstoles o por los concilios de los santos padres, siguiendo los consejos del Espíritu Santo. Por lo cual dice Isidoro<sup>47</sup>, martillo de herejes: “Hay muchas cosas que se llevan a cabo en las iglesias de Cristo, de las cuales algunas son las que son recomendadas en las escrituras canónicas, otras las que no están escritas, pero se observan sin embargo como tradiciones, pero aquellas que se observan en todo el orbe de las tierras, se entiende que han sido establecidas por los propios apóstoles o por la autoridad de los principales concilios”.

43 Gregorio Magno, *Epist.* I, 75 (CC SL, 140, p. 83, 12-14; PL 77, 531B).

44 Ivón de Chartres, *Decret.* IV, 212 (PL 161, 311C).

45 San Agustín, *Epist.* 36 (CC SL, 31, p. 130, 18-20; PL 33, 136).

46 Aunque Lucas de Tuy atribuye la cita a San Jerónimo, el autor es el cardenal Humberto, *Aduersus Graecorum calumnias*, PL 143, 966B. Es frecuente que se atribuyan erróneamente citas a diversos autores, en este caso a uno de los grandes padres de la Iglesia, San Jerónimo, al que Lucas de Tuy se refiere en varias ocasiones a lo largo de su obra, y, como ya he señalado en otra ocasión, estas falsas atribuciones nos recuerdan los problemas que en ocasiones plantea la autoría de determinadas obras o los errores que la transmisión manuscrita ha propiciado a lo largo de los siglos.

47 San Isidoro, *De ecclesiasticis officiis*, I, 44 (CC SL, 113, p. 48, 2-7; PL 83, 776B).

Agustín doctor de las iglesias: “Muchas no se encuentran en las cartas de los apóstoles ni en los concilios de sus sucesores y no obstante, puesto que son observadas en toda la Iglesia, creemos que han sido transmitidas y recomendadas por ellos mismos”.

Así pues, hermanos queridísimos, adoremos con humildad la cruz de nuestro Señor Jesucristo, entregada a nosotros por el propio Hijo de Dios, veneremos con gran devoción los clavos y las heridas de nuestro Rey, hundamos toda la dulzura de nuestro corazón y el amor en la herida de su propio costado recibida para nuestra redención, para que merezcamos por medio de estos estigmas de la salvación humana disfrutar de los bienes celestes. Y puesto que el Hijo de Dios nos convocó a la unidad de la fe, unámonos con firmeza en la unidad de la Iglesia, para que según el apóstol en las costumbres de la Iglesia, instituidas por los santos padres y en los salmos, himnos y cánticos espirituales *digamos todos lo mismo, y no haya entre nosotros diferencias*<sup>48</sup> y no seamos engañados por ninguna carta como si fuera enviada por alguno de los doctores católicos y expuesta por medio de la razón a nuestra fragilidad, puesto que puede el ángel de Satanás transfigurarse en ángel de luz<sup>49</sup>. La hábil astucia de los herejes a menudo se viste falsamente de sencillez, para inducir a error. El cambio frecuente de las costumbres eclesiásticas alimenta la discordia, incita a los simples a la blasfemia, lleva a notables prelados a la negligencia o la veleidad y ofrece a los herejes materia para retractarse. La mente inconstante y ligera siempre se alegra con las novedades, para ser exaltada por otros como artífice de las leyes. A menudo denigra a los santos padres para que las extravagancias de sus opiniones sean antepuestas a las autoridades de los santos. Por lo cual conservemos nosotros las cosas ciertas y abandonemos las dudosas, sigamos los preceptos y ejemplos de los santos padres, para que con ellos que de tal modo creyeron, de tal manera vivieron y de tal forma enseñaron, merezcamos nosotros mismos creer así, vivir de tal manera y enseñar de tal forma y llegar con ellos a la estabilidad de la felicidad perpetua. Amén.

Fecha de recepción: 30 de septiembre de 2010.

Fecha de aceptación: 21 de enero de 2011.

---

48 I Cor. 1, 10.

49 Cfr. II Cor. 11, 14.